



Arthur Conan Doyle

El Hombre del
Labio
Torcido



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL HOMBRE DEL LABIO TORCIDO

ARTHUR CONAN DOYLE

**PUBLICADO: 1891
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en la colección de relatos titulada The Adventures of Sherlock Holmes (1892) disponible en Project Gutenberg.

EL HOMBRE DEL LABIO TORCIDO

Isa Whitney, hermano del difunto Elias Whitney, D.D., director del Colegio Teológico de San Jorge, era muy adicto al opio. El hábito le sobrevino, según tengo entendido, a partir de algún loco capricho cuando estaba en la universidad; pues habiendo leído la descripción de De Quincey de sus sueños y sensaciones, había empapado su tabaco con láudano en un intento de producir los mismos efectos. Descubrió, como tantos otros, que la práctica es más fácil de conseguir que de deshacerse de ella, y durante muchos años continuó siendo un esclavo de la droga, objeto de horror y compasión a la vez para sus amigos y familiares. Puedo verlo ahora, con la cara amarilla y pastosa, los párpados caídos y las pupilas puntiagudas, acurrucado en una silla, como la ruina de un hombre noble.

Una noche -fue en junio del 1889- sonó mi timbre, más o menos a la hora en que un hombre da su primer bostezo y mira el reloj. Me senté en mi silla, y mi esposa dejó su labor de aguja en su regazo y puso una pequeña cara de decepción.

"¡Un paciente!", dijo. "Tendrás que salir".

Yo gemí, pues acababa de regresar de un día agotador.

Oímos abrir la puerta, unas palabras apresuradas y luego unos pasos rápidos sobre el linóleo. Nuestra propia puerta se abrió de golpe, y una dama, vestida con algo de color oscuro, con un velo negro, entró en la habitación.

"Disculpe que haya llamado tan tarde", comenzó, y luego, perdiendo repentinamente el control de sí misma, corrió hacia adelante, arrojó sus bra-

zos al cuello de mi esposa y sollozó sobre su hombro. "¡Oh, estoy en un gran problema!", gritó; "Necesito un poco de ayuda".

"Vaya", dijo mi esposa, subiendo su velo, "es Kate Whitney. ¡Cómo me has sorprendido, Kate! No tenía ni idea de quién eras cuando entraste".

"No sabía qué hacer, así que vine directamente a ti". Siempre fue así. La gente que estaba afligida acudía a mi esposa como los pájaros a un faro.

"Has sido muy amable al venir. Ahora, debes tomar un poco de vino y agua, y sentarte aquí cómodamente y contarnos todo. ¿O prefieres que mande a James a la cama?"

"¡Oh, no, no! Yo también quiero el consejo y la ayuda del doctor. Se trata de Isa. Hace dos días que no está en casa. Estoy tan asustada por él".

No era la primera vez que nos hablaba de los problemas de su marido, a mí como médico, a mi mujer como vieja amiga y compañera de colegio. La tranquilizamos y consolamos con las palabras que pudimos encontrar. ¿Sabía ella dónde estaba su marido? ¿Era posible que pudiéramos devolvérselo?

Parece que sí. Ella tenía la información más certera de que últimamente él, cuando le daba el ataque, había recurrido a un fumadero de opio en el extremo oriental de la ciudad. Hasta ahora, sus salidas se limitaban a un solo día, y regresaba al anochecer, retorcido y destrozado. Pero ahora el hechizo había durado cuarenta y ocho horas, y yacía allí, sin duda entre la escoria de los muelles, respirando el veneno o durmiendo sus efectos. Ella estaba segura de que lo encontraría en el Bar of Gold, en Upper Swandam Lane. ¿Pero qué iba a hacer ella? ¿Cómo podría ella, una mujer joven y tímida, abrirse paso en un lugar así y sacar a su marido de entre los rufianes que lo rodeaban?

Este era el caso, y por supuesto sólo había una manera de salir de él. ¿No podría escoltarla hasta ese lugar? Y luego, como segundo pensamiento, ¿por qué debería ella venir en absoluto? Yo era el asesor médico de Isa Whitney, y como tal tenía influencia sobre él. Podría manejarlo mejor si estuviera solo. Le prometí bajo mi palabra que le enviaría a casa en un taxi antes de dos horas si realmente estaba en la dirección que ella me había dado. Y así, en diez minutos, dejé atrás mi sillón y mi alegre sala de estar, y me dirigí a toda velocidad hacia el este en un coche de alquiler con un ex-

traño encargo, como me pareció en aquel momento, aunque el futuro sólo podría mostrar lo extraño que iba a ser.

Pero no hubo grandes dificultades en la primera etapa de mi aventura. Upper Swandam Lane es un vil callejón que se esconde detrás de los altos muelles que bordean la orilla norte del río, al este del puente de Londres. Entre una tienda de productos de limpieza y una tienda de ginebra, a la que se accede por una empinada escalera que conduce a un hueco negro como la boca de una cueva, encontré la guarida que buscaba. Ordené a mi taxi que esperara, bajé los escalones, desgastados en el centro por la incesante pisada de los pies ebrios; y a la luz de una vacilante lámpara de aceite sobre la puerta encontré el pestillo y me abrí paso a una habitación larga y baja, espesa y pesada por el humo marrón del opio, y adornada con literas de madera, como el puente de proa de un barco de emigrantes.

A través de la penumbra se podía vislumbrar vagamente los cuerpos tumbados en extrañas poses fantásticas, con los hombros inclinados, las rodillas dobladas, las cabezas echadas hacia atrás y las barbillas apuntando hacia arriba, y aquí y allá un ojo oscuro y sin brillo dirigido hacia el recién llegado. Entre las negras sombras brillaban pequeños círculos rojos de luz, a veces brillantes, a veces débiles, según el veneno ardiente que crecía o menguaba en las cazoletas de las pipas de metal. La mayoría permanecía en silencio, pero algunos murmuraban para sí mismos y otros hablaban juntos con una voz extraña, baja y monótona; su conversación se desarrollaba a borbotones y luego se reducía repentinamente al silencio, cada uno mascullando sus propios pensamientos y prestando poca atención a las palabras de su vecino. En el otro extremo había un pequeño brasero de carbón encendido, junto al cual, en un taburete de madera de tres patas, estaba sentado un anciano alto y delgado, con la mandíbula apoyada en los dos puños y los codos sobre las rodillas, mirando fijamente al fuego.

Cuando entré, un asistente malayo de aspecto cetrino se apresuró a traer una pipa para mí y un suministro de la droga, indicándome que me dirigiera a una litera vacía.

"Gracias. No he venido a quedarme", dije. "Hay un amigo mío, el señor Isa Whitney, y deseo hablar con él".

Hubo un movimiento y una exclamación a mi derecha, y al mirar a través de la penumbra, vi a Whitney, pálido, demacrado y desaliñado, mirándome

fijamente.

"¡Dios mío! Es Watson", dijo. Estaba en un lamentable estado de reacción, con todos los nervios en un tintineo. "Digo, Watson, ¿qué hora es?"

"Casi las once".

"¿De qué día?"

"Del viernes, 19 de junio".

"¡Santo cielo! Pensé que era miércoles. Es miércoles. ¿Para qué quieres asustar a un hombre?" Hundió la cara en sus brazos y comenzó a sollozar en un tono agudo.

"Te digo que es viernes, hombre. Tu mujer lleva dos días esperándote. Deberías estar avergonzado".

"Así es. Pero te has confundido, Watson, porque sólo he estado aquí unas horas, tres pipas, cuatro pipas... no recuerdo cuántas. Pero me iré a casa contigo. No asustaría a Kate-pobrecita Kate. ¡Dame la mano! ¿Tienes un taxi?"

"Sí, tengo uno esperando".

"Entonces iré en él. Pero debo algo. Averigüe lo que debo, Watson. No tengo ni idea. No puedo hacer nada por mí mismo".

Caminé por el estrecho pasillo entre la doble fila de durmientes, conteniendo la respiración para evitar los viles y estupefacientes vapores de la droga, y buscando al encargado. Al pasar junto al hombre alto que se sentaba junto al brasero, sentí un repentino tirón de la falda y una voz baja me susurró: "Pasa junto a mí y luego vuelve a mirarme". Las palabras cayeron claramente en mi oído. Miré hacia abajo. Sólo podían provenir del anciano que estaba a mi lado, y sin embargo estaba sentado tan absorto como siempre, muy delgado, muy arrugado, encorvado por la edad, con una pipa de opio colgando entre las rodillas, como si se le hubiera caído de los dedos por pura lasitud. Avancé dos pasos y miré hacia atrás. Necesité todo mi autocontrol para no soltar un grito de asombro. Se había vuelto de espaldas para que nadie pudiera verle excepto yo. Su figura se había rellenado, sus arrugas habían desaparecido, los ojos apagados habían recuperado su fuego, y allí, sentado junto al fuego y sonriendo ante mi sorpresa, estaba nada menos que Sherlock Holmes. Me hizo un leve gesto para que me acercara a él,

y al instante, cuando volvió a girar su rostro hacia la compañía, se sumió en una senilidad temblorosa y de labios sueltos.

"¡Holmes!" susurré, "¿qué diablos hace usted en este antro?"

"Lo más bajo que pueda", respondió; "tengo excelentes oídos. Si tuviera usted la gran amabilidad de deshacerse de ese amigo suyo tan pintoresco, me encantaría tener una pequeña charla con usted".

"Tengo un taxi fuera".

"Entonces, por favor, envíelo a casa en él. Puede confiar en él, ya que parece demasiado cojo como para hacer alguna travesura. Le recomiendo también que envíe una nota a su esposa para decirle que se ha unido a mí. Si espera fuera, estaré con usted en cinco minutos".

Era difícil rechazar cualquiera de las peticiones de Sherlock Holmes, ya que siempre eran muy concretas y se hacían con un aire tan tranquilo de dominio. Sin embargo, sentí que una vez que Whitney estuvo encerrado en la cabina, mi misión estaba prácticamente cumplida; y por lo demás, no podía desear nada mejor que asociarme con mi amigo en una de esas singulares aventuras que eran la condición normal de su existencia. En pocos minutos había escrito mi nota, había pagado la cuenta de Whitney, le había conducido hasta el taxi y le había visto atravesar la oscuridad. En muy poco tiempo, una figura decrepita había salido del fumadero de opio, y yo caminaba por la calle con Sherlock Holmes. Durante dos calles avanzó arrastrando los pies con la espalda encorvada y un pie inseguro. Luego, mirando rápidamente a su alrededor, se enderezó y estalló en una sonora carcajada.

"Supongo, Watson", dijo, "que imagina que he añadido el fumar opio a las inyecciones de cocaína, y todas las demás pequeñas debilidades sobre las que me ha favorecido con sus opiniones médicas".

"Ciertamente me sorprendió encontrarte allí".

"Pero no más que yo de encontrarte a vos".

"He venido a encontrar a un amigo".

"Y yo a encontrar un enemigo".

"¿Un enemigo?"

"Sí; uno de mis enemigos naturales, o, debería decir, mi presa natural. Brevemente, Watson, me encuentro en medio de una investigación muy notable, y he esperado encontrar una pista en las incoherentes divagaciones de estos locos, como ya he hecho antes. Si me hubieran reconocido en esa guarida, mi vida no habría valido ni una hora de compras, porque ya la he utilizado para mis propios fines, y el bribón de Lascar que la dirige ha jurado vengarse de mí. Hay una trampilla en la parte trasera de ese edificio, cerca de la esquina del muelle de Paul, que podría contar algunas historias extrañas de lo que ha pasado por ella en las noches sin luna."

"¿Qué? ¿No querrá decir cuerpos?"

"Sí, cuerpos, Watson. Seríamos ricos si tuviéramos 1.000 libras por cada pobre diablo que ha sido asesinado en ese antro. Es la más vil trampa para asesinatos de toda la ribera, y me temo que Neville St. Clair ha entrado en ella para no salir nunca más. Pero nuestra trampa debería estar aquí". Puso los dos dedos índice entre los dientes y silbó con fuerza, señal que fue respondida por un silbido similar desde la distancia, seguido en breve por el traqueteo de las ruedas y el tintineo de los cascos de los caballos.

"Ahora, Watson", dijo Holmes, mientras un alto carruaje se abría paso en la penumbra, arrojando dos túneles dorados de luz amarilla desde sus faroles laterales. "Vendrá conmigo, ¿verdad?"

"Si puedo ser útil".

"Oh, un camarada de confianza siempre es útil; y un cronista aún más. Mi habitación en Los Cedros es de cama doble".

"¿Los Cedros?"

"Sí; es la casa del señor St. Clair. Me hospedo allí mientras dirijo la investigación".

"¿Dónde está, entonces?"

"Cerca de Lee, en Kent. Tenemos un viaje de siete millas por delante".

"Pero yo estoy a ciegas".

"Por supuesto que lo está. Lo sabrá todo dentro de poco. Sube aquí. Muy bien, John; no te necesitaremos. Aquí tienes media corona. Búscame mañana, a eso de las once. Dale la cabeza. ¡Hasta la vista, pues!"

Dio un golpe al caballo con la fusta y nos alejamos a toda velocidad a través de la interminable sucesión de calles sombrías y desiertas, que se fueron ensanchando poco a poco, hasta que volamos por un amplio puente con balaustrada, con el turbio río fluyendo perezosamente bajo nosotros. Más allá se extendía otro aburrido desierto de ladrillos y mortero, cuyo silencio sólo se rompía con el pesado y regular paso de los policías, o con los cantos y gritos de algún grupo de juerguistas tardío. Una sorda grieta se deslizaba lentamente por el cielo, y una o dos estrellas titilaban tenuemente aquí y allá a través de las hendiduras de las nubes. Holmes conducía en silencio, con la cabeza hundida en el pecho y el aire de un hombre perdido en sus pensamientos, mientras yo me sentaba a su lado, con la curiosidad de saber en qué consistía esa nueva búsqueda que parecía poner a prueba sus facultades, pero temiendo interrumpir la corriente de sus pensamientos. Habíamos conducido varias millas, y estábamos empezando a llegar a los límites del cinturón de villas suburbanas, cuando se sacudió, se encogió de hombros, y encendió su pipa con el aire de un hombre que se ha convencido de que está actuando para lo que es mejor.

"Tiene usted un gran don de silencio, Watson", dijo. "Eso le hace muy valioso como compañero. Pon mi palabra, es una gran cosa para mí tener alguien con quien hablar, porque mis propios pensamientos no son demasiado agradables. Me preguntaba qué debería decirle a esta querida mujercita esta noche cuando me encuentre en la puerta".

"Olvidas que no sé nada al respecto".

"Sólo tendré tiempo de contarle los hechos del caso antes de llegar a Lee. Parece absurdamente simple, y sin embargo, de alguna manera no puedo conseguir nada para continuar. Hay mucho hilo, sin duda, pero no puedo meter el extremo en mi mano. Ahora, le expondré el caso de forma clara y concisa, Watson, y tal vez pueda ver una chispa donde todo es oscuro para mí".

"Proceda, entonces."

"Hace algunos años -para ser precisos, en mayo de 1884- llegó a Lee un caballero, de nombre Neville St. Clair, que parecía tener mucho dinero. Se hizo con una gran villa, la acondicionó muy bien y vivió en general con buen estilo. Poco a poco se fue haciendo de amigos en el barrio, y en 1887 se casó con la hija de un cervecero local, con la que ahora tiene dos hijos.

No tenía ninguna ocupación, pero estaba interesado en varias empresas y por lo general iba a la ciudad por la mañana, regresando en el tren de las 5:14 desde Cannon Street todas las noches. El Sr. St. Clair tiene ahora treinta y siete años, es un hombre de hábitos templados, un buen marido, un padre muy afectuoso y un hombre popular entre todos los que le conocen. Debo añadir que sus deudas actuales, por lo que hemos podido comprobar, ascienden a 88 libras esterlinas, mientras que su crédito en el Capital and Counties Bank es de 220 libras esterlinas. Por lo tanto, no hay razón para pensar que los problemas de dinero han estado rondando en su mente.”

"Clair fue a la ciudad un poco antes de lo habitual, comentando antes de partir que tenía que cumplir dos importantes encargos y que le llevaría a su hijito una caja de ladrillos de juguete. Por casualidad, ese mismo lunes, poco después de su partida, su esposa recibió un telegrama en el que se le informaba de que un pequeño paquete de considerable valor que estaba esperando le esperaba en las oficinas de la Compañía Naviera de Aberdeen. Ahora bien, si está usted bien informado en Londres, sabrá que la oficina de la compañía está en Fresno Street, que sale de Upper Swandam Lane, donde me ha encontrado esta noche. La señora St. Clair almorzó, partió hacia la City, hizo algunas compras, se dirigió a la oficina de la compañía, recogió su paquete y se encontró exactamente a las 4:35 caminando por Swandam Lane de regreso a la estación. ¿Me ha seguido hasta ahora?"

"Está muy claro".

"Si recuerda, el lunes era un día excesivamente caluroso, y la señora St. Clair caminaba lentamente, mirando a su alrededor con la esperanza de ver un taxi, ya que no le gustaba el barrio en el que se encontraba. Mientras caminaba así por Swandam Lane, oyó de repente una exclamación o un grito, y se quedó helada al ver a su marido mirándola y, según le pareció, haciéndole señas desde una ventana del segundo piso. La ventana estaba abierta, y ella vio claramente su rostro, que describe como terriblemente agitado. Le hizo un gesto frenético con las manos y luego desapareció de la ventana tan repentinamente que a ella le pareció que había sido arrancado por una fuerza irresistible desde atrás. Un punto singular que llamó la atención de su rápida mirada femenina fue que, aunque llevaba un abrigo oscuro, como el que había empezado a usar en la ciudad, no llevaba ni cuello ni corbata.

"Si recuerda, el lunes era un día excesivamente caluroso, y la señora St. Clair caminaba lentamente, mirando a su alrededor con la esperanza de ver un taxi, ya que no le gustaba el barrio en el que se encontraba. Mientras caminaba así por Swandam Lane, oyó de repente una jaculatoria o un grito, y se quedó helada al ver a su marido mirándola y, según le pareció, haciéndole señas desde una ventana del segundo piso. La ventana estaba abierta, y ella vio claramente su rostro, que describe como terriblemente agitado. Le hizo un gesto frenético con las manos y luego desapareció de la ventana tan repentinamente que a ella le pareció que había sido arrancado por una fuerza irresistible desde atrás. Un punto singular que llamó la atención de su rápida mirada femenina fue que, aunque llevaba un abrigo oscuro, como el que había empezado a usar en la ciudad, no llevaba ni cuello ni corbata.

"Convencida de que algo andaba mal con él, bajó corriendo los escalones -la casa no era otra que el fumadero de opio en el que me has encontrado esta noche- y corriendo por el salón delantero intentó subir las escaleras que llevaban al primer piso. Al pie de la escalera, sin embargo, se encontró con ese canalla Lascar del que he hablado, que la empujó hacia atrás y, ayudado por un danés, que hace de ayudante allí, la empujó a la calle. Llena de las más enloquecedoras dudas y temores, se precipitó calle abajo y, por rara suerte, se encontró en la calle Fresno con varios agentes de policía y un inspector, todos de camino a su ronda. El inspector y dos hombres la acompañaron de vuelta y, a pesar de la continua resistencia del propietario, se dirigieron a la habitación en la que se había visto por última vez al señor St Clair. Allí no había rastro de él. De hecho, en todo aquel piso no había nadie más que un miserable tullido de aspecto horrible que, al parecer, tenía allí su hogar. Tanto él como el Lascar juraron con firmeza que nadie más había estado en la habitación delantera durante la tarde. Tan decididos estaban a negarlo que el inspector se quedó perplejo, y casi había llegado a creer que la señora St. Clair se había equivocado cuando, con un grito, se abalanzó sobre una pequeña caja que había sobre la mesa y le arrancó la tapa. De ella cayó una cascada de ladrillos infantiles. Era el juguete que había prometido traer a casa.

"Este descubrimiento, y la evidente confusión que mostraba el lisiado, hicieron que el inspector se diera cuenta de que el asunto era grave. Se examinaron cuidadosamente las habitaciones, y todos los resultados apuntaban a un crimen abominable. La habitación delantera estaba claramente amue-

blada como sala de estar y daba a un pequeño dormitorio que daba a la parte trasera de uno de los muelles. Entre el muelle y la ventana del dormitorio hay una estrecha franja, que está seca con la marea baja, pero que con la marea alta está cubierta por al menos un metro y medio de agua. La ventana del dormitorio era amplia y se abría desde abajo. Al examinarla, se veían rastros de sangre en el alféizar de la ventana y varias gotas dispersas en el suelo de madera del dormitorio. Detrás de una cortina de la habitación delantera estaba toda la ropa del Sr. Neville St. Clair, a excepción de su abrigo. Sus botas, sus calcetines, su sombrero y su reloj estaban allí. No había señales de violencia en ninguna de estas prendas, y no había ningún otro rastro del señor Neville St. Clair. Al parecer, debió de salir por la ventana, ya que no se pudo descubrir ninguna otra salida, y las ominosas manchas de sangre en el alféizar daban pocas esperanzas de que pudiera salvarse nadando, ya que la marea estaba en su punto más alto en el momento de la tragedia.

"Y ahora en cuanto a los villanos que parecían estar inmediatamente implicados en el asunto. Se sabía que el Lascar era un hombre de los más viles antecedentes, pero como, según el relato de la señora St. Clair, se sabía que había estado al pie de la escalera a los pocos segundos de aparecer su marido en la ventana, difícilmente podía ser más que un cómplice del crimen. Su defensa fue de absoluta ignorancia, y protestó que no tenía conocimiento de las acciones de Hugh Boone, su inquilino, y que no podía explicar de ninguna manera la presencia de la ropa del caballero desaparecido.

"Hasta aquí el gerente de Lascar. Ahora hablaremos del siniestro lisiado que vive en el segundo piso del fumadero de opio, y que sin duda fue el último ser humano cuyos ojos se posaron en Neville St. Clair. Se llama Hugh Boone, y su horrible rostro es familiar para todo hombre que vaya mucho a la ciudad. Es un mendigo profesional, aunque para evitar las normas de la policía finge un pequeño comercio de vasijas de cerámica. A poca distancia de la calle Threadneedle, en el lado izquierdo, hay, como habrán observado, un pequeño ángulo en la pared. Aquí es donde esta criatura toma su asiento diario, con las piernas cruzadas y su pequeña reserva de fósforos en el regazo, y mientras es un espectáculo lastimero, una pequeña lluvia de caridad descende a la grasienta gorra de cuero que yace en el pavimento a su lado. He visto a este tipo más de una vez antes de que se me ocurriera conocerlo profesionalmente, y me ha sorprendido la cosecha que ha recogido en poco

tiempo. Su aspecto es tan notable que nadie puede pasar por delante de él sin observarlo. Una cabellera anaranjada, un rostro pálido desfigurado por una horrible cicatriz que, por su contracción, le ha hecho doblar el borde exterior del labio superior, una barbilla de bulldog y un par de ojos oscuros muy penetrantes, que presentan un singular contraste con el color de su cabello, lo distinguen de la multitud común de mendigos, y lo mismo ocurre con su ingenio, pues siempre está listo para responder a cualquier chisme que le lancen los transeúntes. Este es el hombre del que ahora sabemos que fue el huésped del fumadero de opio, y que fue el último que vio al caballero que buscamos."

"¡Pero un lisiado!", dije yo. "¿Qué podría haber hecho él solo contra un hombre en la flor de la vida?"

"Es un lisiado en el sentido de que camina con una cojera; pero en otros aspectos parece ser un hombre poderoso y bien nutrido. Seguramente su experiencia médica le dirá, Watson, que la debilidad de un miembro se compensa a menudo con una fuerza excepcional en los otros."

"Por favor, continúe su relato".

"La señora St. Clair se había desmayado al ver la sangre en la ventana, y la policía la acompañó a su casa en un taxi, ya que su presencia no podía ayudarles en sus investigaciones. El inspector Barton, que estaba a cargo del caso, hizo un examen muy minucioso del local, pero sin encontrar nada que arrojara alguna luz sobre el asunto. Se cometió un error al no detener a Boone inmediatamente, ya que se le concedieron algunos minutos durante los cuales podría haberse comunicado con su amigo el Lascar, pero esta falta se subsanó pronto, y se le detuvo y registró, sin que se encontrara nada que pudiera incriminarle. Es cierto que había algunas manchas de sangre en la manga de su camisa derecha, pero se señaló el dedo anular, que se había cortado cerca de la uña, y explicó que la hemorragia procedía de ahí, añadiendo que había estado en la ventana poco antes, y que las manchas que se habían observado allí procedían sin duda de la misma fuente. Negó enérgicamente haber visto nunca al Sr. Neville St. Clair y juró que la presencia de la ropa en su habitación era un misterio tanto para él como para la policía. En cuanto a la afirmación de la señora St. Clair de que había visto realmente a su marido en la ventana, declaró que debía estar loca o soñando. Fue trasladado, protestando en voz alta, a la comisaría de policía, mientras el ins-

pector permanecía en el lugar con la esperanza de que la marea menguante ofreciera alguna nueva pista.

"Y así fue, aunque apenas encontraron en el terraplén de barro lo que habían temido encontrar. Fue el abrigo de Neville St. Clair, y no Neville St. Clair, lo que quedó al descubierto al bajar la marea. ¿Y qué crees que encontraron en los bolsillos?"

"No puedo imaginarlo."

"No, no creo que lo adivine. Todos los bolsillos estaban llenos de peniques y medios peniques: 421 peniques y 270 medios peniques. No es de extrañar que no haya sido arrastrado por la marea. Pero un cuerpo humano es un asunto diferente. Hay un fuerte remolino entre el muelle y la casa. Parecía bastante probable que el abrigo lastrado hubiera permanecido cuando el cuerpo despojado había sido succionado por el río."

"Pero tengo entendido que el resto de la ropa se encontró en la habitación. ¿El cuerpo estaría vestido sólo con un abrigo?"

"No, señor, pero los hechos podrían ser resueltos de forma bastante específica. Supongamos que este hombre, Boone, hubiera empujado a Neville St. Clair a través de la ventana, no hay ojo humano que pudiera haber visto el acto. ¿Qué haría entonces? Por supuesto, inmediatamente se daría cuenta de que debe deshacerse de las prendas reveladoras. Tomaría el abrigo, entonces, y estaría en el acto de tirarlo, cuando se le ocurriría que nadaría y no se hundiría. Tiene poco tiempo, pues ha oído la refriega en el piso de abajo cuando la esposa intentó subir por la fuerza, y quizá ya ha oído a su cómplice Lascar que la policía está subiendo a toda prisa por la calle. No hay un instante que perder. Se apresura a ir a algún tesoro secreto, donde ha acumulado los frutos de su mendicidad, y se mete en los bolsillos todas las monedas que puede poner en sus manos para asegurarse de que el abrigo se hunda. Lo tira, y habría hecho lo mismo con las otras prendas si no hubiera oído el ruido de los pasos abajo, y sólo tuvo tiempo de cerrar la ventana cuando apareció la policía."

"Ciertamente suena factible".

"Bueno, lo tomaremos como una hipótesis de trabajo a falta de una mejor. Boone, como le he dicho, fue detenido y llevado a la comisaría, pero no pudo demostrarse que hubiera habido nunca nada contra él. Durante años

había sido conocido como un mendigo profesional, pero su vida parecía haber sido muy tranquila e inocente. Así está el asunto en la actualidad, y las cuestiones que hay que resolver -qué hacía Neville St. Clair en el fumadero de opio, qué le ocurrió cuando estaba allí, dónde está ahora y qué tuvo que ver Hugh Boone con su desaparición- están tan lejos de una solución como siempre. Confieso que no recuerdo ningún caso dentro de mi experiencia que pareciera a primera vista tan sencillo y que, sin embargo, presentara tantas dificultades."

Mientras Sherlock Holmes detallaba esta singular serie de acontecimientos, nosotros habíamos atravesado los alrededores de la gran ciudad hasta que las últimas casas dispersas habían quedado atrás y avanzábamos con un seto a cada lado. Sin embargo, justo cuando terminó, atravesamos dos pueblos dispersos, en los que todavía brillaban algunas luces en las ventanas.

"Estamos en las afueras de Lee", dijo mi acompañante. "Hemos tocado tres condados ingleses en nuestro corto trayecto, comenzando en Middlesex, pasando por un ángulo de Surrey y terminando en Kent. ¿Ves esa luz entre los árboles? Son los Cedros, y junto a esa lámpara está sentada una mujer cuyas ansiosas orejas ya han captado, no lo dudo, el tintineo de los pies de nuestro caballo."

"Pero, ¿por qué no llevan el caso desde Baker Street?" pregunté.

"Porque hay muchas averiguaciones que deben hacerse aquí. La señora St. Clair ha tenido la amabilidad de poner dos habitaciones a mi disposición, y puede estar seguro de que no tendrá más que una bienvenida para mi amiga y colega. Odio encontrarme con ella, Watson, cuando no tengo noticias de su marido. Aquí estamos. ¡Whoa, ahí, whoa!"

Nos habíamos detenido frente a una gran villa que se encontraba en su propio terreno. Un mozo de cuadra había salido a la cabeza del caballo y, bajando de un salto, seguía a Holmes por el pequeño y sinuoso camino de grava que conducía a la casa. Cuando nos acercamos, la puerta se abrió de golpe y una mujercita rubia se asomó a la abertura, vestida con una especie de muselina ligera, con un toque de gasa rosa mullida en el cuello y las muñecas. Estaba de pie con su figura perfilada contra el torrente de luz, una mano sobre la puerta, otra medio levantada en su afán, el cuerpo ligeramente inclinado, la cabeza y la cara sobresaliendo, con los ojos ansiosos y los labios entreabiertos, una pregunta en pie.

"¿Y bien?", gritó, "¿y bien?". Y entonces, al ver que éramos dos, lanzó un grito de esperanza que se hundió en un gemido al ver que mi compañero negaba con la cabeza y se encogía de hombros.

"¿No hay buenas noticias?"

"Ninguna".

"¿Ninguna mala?"

"No".

"Gracias a Dios por eso. Pero entra. Debes estar cansado, pues has tenido un largo día".

"Este es mi amigo, el Dr. Watson. Me ha sido de vital utilidad en varios de mis casos, y una afortunada casualidad ha hecho posible que lo traiga y lo asocie a esta investigación."

"Estoy encantada de verle", dijo ella, apretando mi mano cariñosamente. "Estoy segura de que perdonará todo lo que pueda faltar en nuestros arreglos, cuando considere el golpe que nos ha llegado tan repentinamente".

"Mi querida señora", dije yo, "soy un viejo combatiente, y si no lo fuera, veo muy claro que no hace falta ninguna disculpa. Si puedo ser de alguna ayuda, ya sea para usted o para mi amigo aquí presente, seré realmente feliz".

"Ahora, señor Sherlock Holmes -dijo la señora cuando entramos en un comedor bien iluminado, sobre cuya mesa se había dispuesto una cena fría-, me gustaría mucho hacerle una o dos preguntas sencillas, a las que le ruego que responda sin rodeos."

"Por supuesto, señora".

"No se preocupe por mis sentimientos. No soy histérica, ni tengo tendencia a desmayarme. Simplemente deseo escuchar su verdadera, verdadera opinión".

"¿Sobre qué punto?"

"En el fondo de su corazón, ¿cree usted que Neville está vivo?"

Sherlock Holmes parecía avergonzado por la pregunta. "¡Francamente, pues!", repitió ella, poniéndose de pie sobre la alfombra y mirándolo con

agudeza mientras él se recostaba en una silla de cesto.

"Francamente, entonces, señora, no lo creo".

"¿Cree que está muerto?"

"Sí, lo creo.

"¿Asesinado?"

"No digo eso. Tal vez".

"¿Y qué día encontró la muerte?"

"El lunes".

"Entonces quizá, señor Holmes, tenga usted la bondad de explicarme cómo es que hoy he recibido una carta suya".

Sherlock Holmes se levantó de su silla como si hubiera sido galvanizado.

"¡Qué!", rugió.

"Sí, hoy". Se puso de pie sonriendo, levantando un papelito en el aire.

"¿Puedo verlo?"

"Por supuesto".

Se lo arrebató en su afán, y alisándolo sobre la mesa, acercó la lámpara y lo examinó atentamente. Yo había abandonado mi silla y lo miraba por encima de su hombro. El sobre era muy tosco y llevaba el matasellos de Gravesend y la fecha de ese mismo día, o más bien del día anterior, pues era bastante más tarde de la medianoche.

"Escritura tosca", murmuró Holmes. "Seguramente no es la letra de su marido, señora".

"No, pero el anexo sí lo es".

"Percibo también que quien dirigió el sobre tuvo que ir a informarse sobre la dirección".

"¿Cómo puede saber eso?"

"El nombre, verá, está en tinta perfectamente negra, que se ha secado sola. El resto es de color grisáceo, lo que demuestra que se ha utilizado papel secante. Si se hubiera escrito directamente, y luego se hubiera borrado,

no tendría un tono negro intenso. Este hombre ha escrito el nombre y ha hecho una pausa antes de escribir la dirección, lo que sólo puede significar que no estaba familiarizado con ella. Es, por supuesto, una nimiedad, pero no hay nada tan importante como las nimiedades. Veamos ahora la carta. ¡Ja! ¡Hay un anexo aquí!"

"Sí, había un anillo. Su anillo de sello".

"¿Y está segura de que esta es la mano de su marido?"

"Una de sus manos".

"¿Una?"

"Su mano cuando escribía apresuradamente. Es muy diferente a su escritura habitual, y sin embargo la conozco bien".

"Querida, no te asustes. Todo saldrá bien. Hay un gran error que puede llevar algún tiempo rectificar. Espera con paciencia. Neville".

Escrito a lápiz en la hoja de un libro, tamaño octavo, sin marca de agua. ¡Hum! Publicado hoy en Gravesend por un hombre con un pulgar sucio. ¡Ja! Y la solapa ha sido engomada, si no estoy muy equivocado, por una persona que había estado masticando tabaco. ¿Y no tiene ninguna duda de que es la mano de su marido, señora?"

"Ninguna. Neville escribió esas palabras".

"Y fueron publicadas hoy en Gravesend. Bueno, señora St. Clair, las nubes se aligeran, aunque no me atrevería a decir que el peligro ha pasado".

"Pero debe estar vivo, señor Holmes".

"A no ser que se trate de una ingeniosa falsificación para ponernos en la pista equivocada. El anillo, después de todo, no prueba nada. Puede que se lo hayan quitado".

"¡No, no; es, es su propia escritura!"

"Muy bien. Puede, sin embargo, haber sido escrito el lunes y enviado hoy".

"Eso es posible".

"Si es así, pueden haber pasado muchas cosas entre medias".

"Oh, no debe desanimarme, señor Holmes. Sé que todo está bien con él. Hay una afinidad tan aguda entre nosotros que debería saber si el mal le sobreviene. El mismo día que le vi por última vez se cortó en el dormitorio, y sin embargo yo, en el comedor, subí corriendo al instante con la máxima certeza de que había ocurrido algo. ¿Cree usted que yo respondería a semejante nimiedad y, sin embargo, ignoraría su muerte?"

"He visto demasiado para no saber que la impresión de una mujer puede ser más valiosa que la conclusión de un razonador analítico. Y en esta carta tiene usted ciertamente una prueba muy fuerte para corroborar su opinión. Pero si su marido está vivo y es capaz de escribir cartas, ¿por qué debería permanecer lejos de usted?"

"No puedo imaginarlo. Es impensable".

"¿Y el lunes no hizo ningún comentario antes de dejarte?"

"No."

"¿Y se sorprendió al verlo en Swandam Lane?"

"Mucho."

"¿Estaba la ventana abierta?"

"Sí."

"Entonces, ¿podría haberte llamado?"

"Puede ser."

"¿Sólo, según tengo entendido, dio un grito inarticulado?"

"Sí."

"¿Una llamada de auxilio, pensó usted?"

"Sí. Agitó las manos".

"Pero podría haber sido un grito de sorpresa. ¿El asombro ante la inesperada visión de usted podría hacer que levantara las manos?"

"Es posible."

"¿Y pensaste que lo habían hecho retroceder?"

"Desapareció tan repentinamente".

"Podría haber saltado hacia atrás. ¿No vio a nadie más en la habitación?"

"No, pero este horrible hombre confesó haber estado allí, y el Lascar estaba al pie de la escalera".

"Así es. ¿Su marido, por lo que usted pudo ver, tenía puesta su ropa ordinaria?"

"Pero sin cuello ni corbata. Vi claramente su garganta desnuda".

"¿Había hablado alguna vez de Swandam Lane?"

"Nunca".

"¿Había mostrado alguna vez señales de haber tomado opio?"

"Nunca."

"Gracias, Sra. St. Clair. Esos son los puntos principales sobre los que quería ser absolutamente claro. Ahora cenaremos un poco y nos retiraremos, porque mañana podemos tener un día muy ocupado."

Se había puesto a nuestra disposición una amplia y confortable habitación con cama doble, y yo me metí rápidamente entre las sábanas, pues estaba cansado después de mi noche de aventuras. Sin embargo, Sherlock Holmes era un hombre que, cuando tenía un problema sin resolver en su mente, se pasaba días, e incluso una semana, sin descansar, dándole vueltas, reorganizando sus datos, mirándolo desde todos los puntos de vista hasta que lo había descifrado o se había convencido de que sus datos eran insuficientes. Pronto me di cuenta de que se estaba preparando para una sesión nocturna. Se quitó el abrigo y el chaleco, se puso una gran bata azul y luego se paseó por la habitación recogiendo almohadas de su cama y cojines del sofá y los sillones. Con ellos construyó una especie de diván oriental, sobre el que se sentó con las piernas cruzadas, con una onza de tabaco de picadillo y una caja de cerillas dispuestas frente a él. A la tenue luz de la lámpara lo vi sentado allí, con una vieja pipa de brezo entre los labios, los ojos fijos en la esquina del techo, el humo azul saliendo de él, silencioso, inmóvil, con la luz brillando sobre sus rasgos aguileños. Así se sentó mientras yo me dormía, y así se sentó cuando una repentina exaltación me hizo despertar, y encontré el sol de verano brillando en el apartamento. La pipa seguía entre sus labios, el humo seguía enroscándose hacia arriba, y la habitación estaba

llena de una densa bruma de tabaco, pero no quedaba nada del montón de trapos que había visto la noche anterior.

"¿Despierto, Watson?", preguntó.

"Sí".

"¿Listo para un paseo por la mañana?"

"Desde luego".

"Entonces vístete. Nadie se ha movido todavía, pero sé dónde duerme el mozo de cuadra, y pronto tendremos la correa fuera". Se rió para sí mismo mientras hablaba, sus ojos brillaron, y parecía un hombre diferente al sombrío pensador de la noche anterior.

Mientras me vestía, miré el reloj. No era de extrañar que nadie se moviera. Eran las cuatro y veinticinco minutos. Apenas había terminado cuando Holmes regresó con la noticia de que el muchacho estaba montando el caballo.

"Quiero poner a prueba una pequeña teoría mía", dijo, calzándose las botas. "Creo, Watson, que ahora se encuentra usted en presencia de uno de los más absolutos tontos de Europa. Me merezco que me echen de aquí a Charing Cross. Pero creo que ahora tengo la clave del asunto".

"¿Y dónde está?" pregunté, sonriendo.

"En el baño", respondió. "Oh, sí, no estoy bromeando", continuó, al ver mi mirada de incredulidad. "Acabo de estar allí, y lo he sacado, y lo tengo en esta bolsa de Gladstone. Vamos, muchacho, y veremos si no encaja en la cerradura".

Bajamos las escaleras lo más silenciosamente posible y salimos al brillante sol de la mañana. En el camino estaban nuestro caballo y el carro, con el mozo de cuadra medio vestido esperando a la cabeza. Nos subimos a él y salimos corriendo por la carretera de Londres. Algunos carros de campo se movían, llevando verduras a la metrópoli, pero las líneas de villas a ambos lados estaban tan silenciosas y sin vida como una ciudad en un sueño.

"Ha sido un caso singular en algunos puntos -dijo Holmes, haciendo galopar al caballo-. "Confieso que he estado tan ciego como un topo, pero es mejor aprender la sabiduría tarde que no aprenderla nunca".

En la ciudad, los más madrugadores empezaban a mirar con sueño desde sus ventanas cuando atravesamos las calles del lado de Surrey. Al pasar por la carretera del puente de Waterloo, cruzamos el río y, subiendo a toda prisa por Wellington Street, giramos bruscamente a la derecha y nos encontramos en Bow Street. Sherlock Holmes era muy conocido en el cuerpo, y los dos agentes que estaban en la puerta le saludaron. Uno de ellos sostenía la cabeza del caballo mientras el otro nos hacía pasar.

"¿Quién está de guardia?", preguntó Holmes.

"El inspector Bradstreet, señor".

"Ah, Bradstreet, ¿cómo está usted?" Un funcionario alto y corpulento había bajado por el pasillo con bandera de piedra, con gorra de pico y chaqueta de franela. "Deseo tener unas palabras tranquilas con usted, Bradstreet".

"Desde luego, señor Holmes. Pase a mi habitación".

Era una habitación pequeña, tipo despacho, con un enorme libro de contabilidad sobre la mesa y un teléfono que sobresalía de la pared. El inspector se sentó en su escritorio.

"¿Qué puedo hacer por usted, señor Holmes?"

"Llamé por ese mendigo, Boone, el que fue acusado de estar involucrado en la desaparición del señor Neville St. Clair, de Lee".

"Sí. Lo han traído y lo han dejado en prisión preventiva para más investigaciones".

"Eso he oído. ¿Lo tienen aquí?"

"En las celdas".

"¿Está tranquilo?"

"Oh, no da problemas. Pero es un sucio sinvergüenza".

"¿Sucio?"

"Sí, es todo lo que podemos hacer para que se lave las manos, y su cara es tan negra como la de un calderero. Bueno, cuando se haya resuelto su caso, tendrá un baño regular en la cárcel; y creo que, si lo vieras, estarías de acuerdo conmigo en que lo necesita."

"Me gustaría mucho verlo".

"¿Le gustaría? Eso es fácil de hacer. Venga por aquí. Puede dejar su maleta".

"No, creo que me la llevaré".

"Muy bien. Vengan por aquí, por favor". Nos condujo por un pasillo, abrió una puerta enrejada, pasó por una escalera de caracol y nos llevó a un pasillo encalado con una línea de puertas a cada lado.

"La tercera de la derecha es la suya", dijo el inspector. "¡Aquí está!" Echó hacia atrás silenciosamente un panel de la parte superior de la puerta y miró a través de él.

"Está dormido", dijo. "Se le puede ver muy bien".

Ambos pusimos los ojos en la reja. El prisionero yacía con la cara hacia nosotros, en un sueño muy profundo, respirando lenta y pesadamente. Era un hombre de mediana estatura, vestido toscamente, como correspondía a su vocación, con una camisa de color que sobresalía por la rotura de su andrajoso abrigo. Estaba, como había dicho el inspector, extremadamente sucio, pero la suciedad que cubría su rostro no podía ocultar su repulsiva fealdad. Una amplia llaga de una vieja cicatriz le atravesaba desde el ojo hasta la barbilla, y por su contracción le había subido un lado del labio superior, de modo que tres dientes quedaban expuestos en un gruñido perpetuo. Un mechón de pelo rojo muy brillante crecía bajo sobre sus ojos y su frente.

"Es una belleza, ¿verdad?", dijo el inspector.

"Ciertamente necesita un lavado", comentó Holmes. "Tuve la idea de que podría hacerlo, y me tomé la libertad de traer las herramientas conmigo". Mientras hablaba, abrió la bolsa de Gladstone y sacó, para mi asombro, una esponja de baño muy grande.

"¡Eh! Es usted muy gracioso", se rió el inspector.

"Ahora, si tiene usted la gran bondad de abrir esa puerta con mucho cuidado, pronto le haremos pasar por una figura mucho más respetable".

"Bueno, no sé por qué no", dijo el inspector. "No parece un mérito para las celdas de Bow Street, ¿verdad?". Introdujo la llave en la cerradura y todos entramos en silencio en la celda. El durmiente se dio media vuelta y volvió a sumirse en un profundo sueño. Holmes se inclinó hacia la jarra de

agua, humedeció su esponja y luego la frotó dos veces vigorosamente por la cara del prisionero.

"Permítame presentarle", gritó, "al señor Neville St. Clair, de Lee, en el condado de Kent".

Nunca en mi vida había visto un espectáculo semejante. La cara del hombre se desprendió bajo la esponja como la corteza de un árbol. Se esfumó el tosco tinte marrón. También había desaparecido la horrible cicatriz que lo atravesaba y el labio torcido que le daba una repulsiva mueca al rostro. Una sacudida apartó la enmarañada cabellera roja, y allí, sentado en su cama, había un hombre pálido, de rostro triste y aspecto refinado, de pelo negro y piel suave, que se frotaba los ojos y miraba a su alrededor con somnoliento desconcierto. Luego, al darse cuenta de la exposición, rompió en un grito y se arrojó con la cara hacia la almohada.

"¡Cielos!", gritó el inspector, "es, en efecto, el hombre desaparecido. Lo conozco por la fotografía".

El prisionero se volvió con el aire temerario de un hombre que se abandona a su destino. "Que así sea", dijo. "¿Y de qué se me acusa?"

"De escaparse con el Sr. Neville St. -Oh, vamos, no se le puede acusar de eso a menos que hagan un caso de intento de suicidio", dijo el inspector con una sonrisa. "Bueno, he estado veintisiete años en el cuerpo, pero esto realmente se lleva la palma".

"Si soy el señor Neville St. Clair, es obvio que no se ha cometido ningún delito y que, por lo tanto, estoy detenido ilegalmente".

"Ningún delito, pero se ha cometido un error muy grande", dijo Holmes. "Habría hecho usted mejor en confiar en su esposa".

"No fue la esposa; fueron los niños", gimió el prisionero. "Que Dios me ayude, no quiero que se avergüencen de su padre. ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¿Qué puedo hacer?"

Sherlock Holmes se sentó a su lado en el sofá y le dio unas amables palmaditas en el hombro.

"Si deja que sea un tribunal el que aclare el asunto -dijo-, por supuesto que difícilmente podrá evitar la publicidad. Por otra parte, si convence a las autoridades policiales de que no hay ningún caso posible contra usted, no sé

si hay alguna razón para que los detalles lleguen a los periódicos. Estoy seguro de que el inspector Bradstreet tomará nota de todo lo que usted nos diga y lo presentará a las autoridades competentes. El caso no llegaría nunca a los tribunales".

"¡Dios le bendiga!", gritó apasionadamente el prisionero. "Habría soportado la cárcel, ay, incluso la ejecución, antes que dejar mi miserable secreto como una mancha familiar a mis hijos.

"Usted es el primero que conoce mi historia. Mi padre era maestro de escuela en Chesterfield, donde recibí una excelente educación. Viajé en mi juventud, me subí al escenario, y finalmente me convertí en reportero de un periódico vespertino en Londres. Un día, mi director deseaba una serie de artículos sobre la mendicidad en la metrópoli, y yo me ofrecí para escribirlos. Ese fue el punto de partida de todas mis aventuras. Sólo probando la mendicidad como aficionado pude obtener los datos en los que basar mis artículos. Cuando era actor, por supuesto, había aprendido todos los secretos del maquillaje, y había sido famoso en la sala de fiestas por mi habilidad. Ahora me aproveché de mis logros. Me pinté la cara, y para hacerme lo más lamentable posible me hice una buena cicatriz y me fijé un lado del labio en una torsión con la ayuda de un pequeño trozo de yeso de color carne. Luego, con una cabellera pelirroja y un vestido apropiado, tomé mi puesto en la parte comercial de la ciudad, aparentemente como vendedor de fósforos, pero en realidad como mendigo. Durante siete horas ejercí mi oficio, y cuando regresé a casa por la noche me encontré con la sorpresa de que había recibido nada menos que 26 chelines y 4 peniques.

"Escribí mis artículos y no pensé más en el asunto hasta que, algún tiempo después, respaldé una factura para un amigo y me llegó una orden judicial por 25 libras. No sabía de dónde sacar el dinero, pero se me ocurrió una idea repentina. Pedí una gracia de quince días al acreedor, solicité vacaciones a mis empleadores y pasé el tiempo mendigando en la ciudad bajo mi disfraz. En diez días tenía el dinero y había pagado la deuda.

"Bien, puedes imaginar lo duro que fue establecerme en un arduo trabajo de dos libras a la semana cuando sabía que podía ganar lo mismo en un día untando mi cara con un poco de pintura, poniendo mi gorra en el suelo y quedándome quieto. Fue una larga lucha entre mi orgullo y el dinero, pero al final ganaron los dólares, y me deshice de los informes y me senté día

tras día en el rincón que había elegido al principio, inspirando lástima con mi rostro espantoso y llenando mis bolsillos de cobres. Sólo un hombre conocía mi secreto. Era el guardián de un antro bajo en el que solía alojarme en Swandam Lane, donde todas las mañanas podía salir como un mendigo escuálido y por las noches transformarme en un hombre bien vestido de la ciudad. Este tipo, un Lascar, estaba bien pagado por mí por sus habitaciones, por lo que sabía que mi secreto estaba a salvo en su poder.

"Bien, muy pronto descubrí que estaba ahorrando sumas considerables de dinero. No quiero decir que cualquier mendigo de las calles de Londres pudiera ganar 700 libras al año -que es menos de lo que yo ganaba de media-, sino que yo tenía ventajas excepcionales en mi capacidad para maquillarme, y también en una facilidad de réplica, que mejoraba con la práctica y me convertía en un personaje bastante reconocido en la City. Durante todo el día me llegó un torrente de peniques, variados por la plata, y era un día muy malo en el que no me llevaba dos libras.

"A medida que me enriquecía, me volví más ambicioso, tomé una casa en el campo y finalmente me casé, sin que nadie tuviera la menor sospecha de mi verdadera ocupación. Mi querida esposa sabía que tenía negocios en la ciudad. Poco sabía ella de qué.

"El lunes pasado había terminado el día y me estaba vistiendo en mi habitación, encima del fumadero de opio, cuando miré por la ventana y vi, para mi horror y asombro, que mi esposa estaba de pie en la calle, con los ojos fijos en mí. Di un grito de sorpresa, levanté los brazos para cubrirme la cara y, corriendo hacia mi confidente, el Lascar, le supliqué que impidiera que nadie se acercara a mí. Oí su voz abajo, pero sabía que no podía subir. Rápidamente me despojé de mis ropas, me puse las de un mendigo, y me puse los pigmentos y la peluca. Ni siquiera los ojos de una esposa podrían atravesar un disfraz tan completo. Pero entonces se me ocurrió que podría haber un registro en la habitación, y que la ropa podría traicionarme. Abrí de golpe la ventana, reabriendo con mi violencia un pequeño corte que me había infligido en el dormitorio aquella mañana. Luego cogí mi abrigo, que tenía el peso de las monedas de cobre que acababa de transferir a él desde la bolsa de cuero en la que llevaba mi recaudación. Lo arrojé por la ventana y desapareció en el Támesis. Las otras ropas me habrían seguido, pero en ese momento se produjo una avalancha de agentes en la escalera, y pocos minu-

tos después descubrí, más bien, confieso, para mi alivio, que en lugar de ser identificado como el señor Neville St. Clair.

"No sé si hay algo más que deba explicar. Estaba decidido a conservar mi disfraz el mayor tiempo posible, y de ahí mi preferencia por una cara sucia. Sabiendo que mi esposa estaría terriblemente inquieta, me quité el anillo y se lo confié al Lascar en un momento en que ningún agente me vigilaba, junto con un garabato apresurado, en el que le decía que no tenía motivos para temer."

"Esa nota le llegó ayer", dijo Holmes.

"¡Dios mío! Qué semana debe haber pasado!"

"La policía ha vigilado a ese tal Lascar -dijo el inspector Bradstreet-, y comprendo perfectamente que le resulte difícil enviar una carta sin ser observado. Probablemente se la entregó a algún marinero cliente suyo, que se olvidó de ella durante algunos días."

"Eso fue", dijo Holmes, asintiendo con aprobación; "no me cabe duda. Pero, ¿nunca le han perseguido por mendicidad?"

"Muchas veces; pero ¿qué fue para mí una multa?"

"Sin embargo, esto debe terminar aquí", dijo Bradstreet. "Si la policía va a silenciar este asunto, no debe aparecer más Hugh Boone".

"Lo he jurado con los juramentos más solemnes que un hombre puede hacer".

"En ese caso, creo que es probable que no se tomen más medidas. Pero si se le encuentra de nuevo, entonces todo debe salir a la luz. Estoy seguro, señor Holmes, de que estamos muy en deuda con usted por haber aclarado el asunto. Me gustaría saber cómo llega usted a sus resultados".

"Llegué a éste", dijo mi amigo, "sentándome sobre cinco almohadas y consumiendo una onza de tabaco de liar. Creo, Watson, que si vamos a Baker Street llegaremos a tiempo para el desayuno".

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB